



NOTA DE ACTUALIDAD 1/2018

2 de febrero de 2018

Ángela Suárez Jaimes*

La democracia del odio: Consecuencias del auge de la xenofobia y la amenaza yihadista en Europa

Nota de actualidad: La democracia del odio:

Consecuencias del auge de la xenofobia y la amenaza yihadista en Europa

“Parecía que íbamos hacia el multiculturalismo, pero nos hemos quedado en la barbarie variada”

El Roto

En los últimos años se han producido grandes cambios en el continente europeo. La amenaza del terrorismo yihadista, el auge de la xenofobia, el regreso a los esquemas de estado-nación, la incorporación de la extrema derecha en prácticamente todos los parlamentos y fenómenos como el Bréxit han hecho posible la creación de un contexto en el que se han desdibujado los valores europeos, al menos tal y como los conocíamos.

Europa ha pasado a ser el escenario perfecto donde trasladar la desestructuración de países que creíamos lejanos a nosotros. La globalización ha hecho posible que la inestabilidad de Oriente Medio y la desigualdad de algunos países africanos llame a nuestras puertas recordándonos su existencia. Más de un millón de personas han intentado entrar en Europa en los últimos dos años, consolidando lo que se ha denominado “crisis de los refugiados”. Sin embargo, si analizamos los datos de las víctimas que ha dejado este fenómeno, así como las cifras de los que han conseguido refugio en nuestros países, veremos como la crisis es más bien de modelo.

Según las principales encuestas, problemas como la crisis económica, la desregularización de los mercados, el sistema de precariado o la destrucción medioambiental han dejado de estar entre las preocupaciones de los ciudadanos europeos. La llegada de personas migrantes y el miedo a un nuevo atentado han pasado a protagonizar las principales preocupaciones.

* Alumna en prácticas del Master de Derechos Humanos y Gobernanza de la UAM.

El odio y el miedo se han instalado entre la opinión pública, cada vez más preocupada por la seguridad. Sin embargo, ningún indicador parece mostrarnos preocupación alguna sobre lo que le está ocurriendo a nuestros sistemas democráticos, qué pasa con los modelos tradicionales de convivencia o qué consecuencias tendrá la reaparición del odio hacia el que consideramos diferente a nosotros.

17 de los 28 parlamentos que configuran el sistema europeo tienen representación de la extrema derecha en sus respectivas cámaras. Todos ellos cuentan con características comunes como el odio hacia el inmigrante, la apuesta por la salida de la Unión Europea y un fuerte nacionalismo de carácter xenófobo. La mayoría representan movimientos populistas, con un líder que monopoliza el discurso y se encarna en una figura fuerte, garante de la seguridad y el orden. El principal mensaje que se lanza sitúa a los inmigrantes como el enemigo común, se les culpa de la pérdida de bienestar y se les identifica con la amenaza. Aunque en épocas de bonanza la incorporación de los inmigrantes al mercado laboral no supuso graves problemas, de hecho sirvió para aumentar la productividad y reducir las tasas del paro, ahora es utilizado como argumento a favor de su rechazo, tal y como vimos en el Brexit.

Estamos ante un proceso que promueve abiertamente la desglobalización, apoyado en buena parte por un electorado de clase obrera¹, que apuesta por un cambio de modelo poniéndose en las manos del populismo. La ira frente al fracaso del sistema se reproduce en forma de racismo, en una apuesta por recuperar la soberanía nacional ahora que ya es evidente la pérdida de la soberanía económica. La crisis mostró hasta qué punto la interdependencia de las economías nos hacía vulnerables. El individualismo propio de los últimos tiempos nos enseñó la salida más fácil, culpando a los otros de los fallos del sistema, inmersos ya en una lógica que el neoliberalismo lleva años inyectándonos; sálvese quien pueda.

La mayoría de mensajes que se lanzan normalizan el discurso del odio. Tal y como señalaba el líder de UKIP tras sugerir la creación de campos de concentración para todo aquel sospechoso de terrorismo -sin ningún tipo de supervisión judicial-, “nosotros tan solo decimos lo que la gente está pensando”. En Holanda, el Partido por la Libertad compara el Corán con el Mein Kampf. El Frente Nacional francés defendió la salida de los hijos de los inmigrantes de la enseñanza pública

¹ No es de extrañar que aquellas personas que más han sufrido las consecuencias de la crisis sean ahora las que apuesten abiertamente por un cambio radical ante lo que consideran el colapso del sistema.

gratuita. En Austria poco ha importado el pasado neonazi del líder la formación FPÖ mediante la cual se promueve frenar la “islamización de Occidente”. El partido Ley y Justicia consolida el nacionalismo polaco bajo el lema “Polonia para los polacos”. La Alternativa para Alemania, en la misma línea, promueve la “recuperación de nuestro país y nuestro pueblo”. Es la vuelta al clásico nacionalismo que legitima el discurso “nosotros” frente a “ellos”. Su mensaje de odio hacia el inmigrante da respuesta al malestar y la pérdida de espacio del estado de bienestar que se ha dado en los últimos años.

A menudo nos sentimos víctimas de circunstancias que son resultado de causas sobre las que no podemos tener el control. Las personas migrantes representan ese salvoconducto que nos permite recuperar los lazos de identidad común, tejer un elemento que nos aleja de lógicas individualistas y nos confiere autoestima y fortaleza. Nos salva de la vulnerabilidad, en un proceso en el que traspasamos a los “otros” todos nuestros miedos; ya no recordamos la fragilidad de nuestros puestos de trabajo y la debilidad e interdependencia de nuestras económicas. La aparición del “enemigo” nos recuerda necesariamente nuestra fragilidad y es precisamente esa consciencia la que hace florecer el miedo, el mismo que le está ganando la batalla a la categoría moral que haría posible que no dejáramos morir diariamente a miles de personas en nuestras fronteras.

Hay un segundo elemento que garantiza el funcionamiento de todo este proceso. El aumento de los atentados sufridos en los últimos años ha sido el perfecto alimento de todas estas formaciones. Se ha fomentado un discurso que identifica a los inmigrantes con los terroristas, situando el peligro en el punto equivocado y creando una doble amenaza de seguridad para todos. Ni los países occidentales se encuentran dentro de los países que más sufren las consecuencias del terrorismo, ni están entre aquellos que afrontan mayores cifras de acogida de personas refugiadas.

Por lo tanto, podemos afirmar que se está produciendo una sobredimensión de la amenaza. Esto no quiere decir que no exista una amenaza real o que los terroristas no estén dispuestos a atacar de nuevo, pero sí que deberíamos afrontar esta amenaza en su justa medida, identificando a los responsables de una manera correcta². Debemos alejarnos de las formaciones de extrema derecha

² Más del 70% de los terroristas que atacaron las principales capitales europeas desde el año 2015 tenían nacionalidad europea, habían nacido en un país de la Unión y se habían desarrollado rodeados del “modo de vida occidental”.

para asegurarnos que la propia sensación de inseguridad nos lleve a anteponer la seguridad a las libertades individuales.

Las leyes antiterroristas se refuerzan tras cada atentado, de una manera rápida y en muchas ocasiones poco consensuada con los expertos. Francia ha prolongado el estado de emergencia hasta en seis ocasiones en dos años, poniéndole fin con una nueva ley que algunos ya consideran “un estado de emergencia encubierto”. Las principales críticas que giran en torno a todas las leyes que se están implantando, y no solo en Francia, se centran en torno al carácter preventivo que recoge la ley, afectando a individuos que no han sido declarados culpables, pero cuya presunción les hace ya de por sí responsables. Por otra parte, resulta preocupante la escasa intervención del poder judicial a favor de la llamada “autoridad administrativa”.

Existe un peligro evidente de que la lucha antiterrorista dé paso a una guerra contra las garantías procesales de los individuos. Hay que buscar una metodología de la evaluación de todas estas medidas que nos ayude a entender hasta qué punto están siendo efectivas y sobre todo si están cumpliendo con sus objetivos. Debido a su reciente incorporación aún es pronto para realizar un análisis con precisión, pero sin duda podremos evaluar su efectividad a largo plazo. Hay que garantizar que no se produzca una estigmatización de ciertos individuos por ley. Es decir, hay que analizar de qué manera se está aplicando, a quién está afectando y hasta qué punto está siendo eficaz evitando nuevos atentados.

Hay que señalar que todas estas medidas acaban afectando en su mayoría a unas comunidades concretas, que permiten basar la culpabilidad de los individuos en meras sospechas. Aplicarlas de una manera que no resulte proporcionada puede dar pie a situaciones de agravio y nuevos procesos de radicalización.

No se trata solo de salvar vidas, sino de salvar nuestro modelo de vida. Cuando los terroristas atacan no lo hacen solo contra las personas occidentales, lo hacen sabiendo que con cada ataque están sembrando el terror, conscientes en todo momento de que ese mismo terror servirá de motor para poner en tela de juicio todo el sistema de valores sobre el que se basan nuestras sociedades y que, por tanto, podemos definir como objetivo último. Salvaguardar nuestros modelos de vida, no retroceder en nuestro sistema de derechos y evitar, a toda costa, que el odio y el terror formen parte de nuestro día a día deben de ser herramientas indispensables para combatirles.

El fondo de la cuestión no es si tenemos miedo o no, la amenaza es real y tener miedo debería asumirse como algo natural y humano. El desafío pasa por no negarlo y saber afrontarlo. La forma en la que gestionamos ese miedo, actuamos en base a él y los actos que nos lleva a legitimar son lo que supone el verdadero peligro. Tenemos la certeza de que podemos esperar más terrorismo, y debemos estar preparados para ello, pero no podemos llevar al límite nuestras democracias, poniendo en duda nuestros propios valores.

Proteger y defender los Derechos Humanos debería de servir como barrera al discurso yihadista. Garantizarlos nos permite preservar los derechos individuales y actuar como promotores de la cohesión social en unas sociedades que, nos guste o no, cada vez serán más multiculturales. Defender modelos de convivencia y respeto nos blindan frente al modelo que los terroristas nos pretenden imponer, ciudadanos atemorizados cuya única salida a sus miedos sea el odio hacia sus propios vecinos. Un Occidente que ni somos, ni nos podemos permitir llegar a ser.